

en medio de la complejidad y de la lucha de los ideales, parece dibujarse uno que nos ofrece la Universidad, como indica el señor Giner, al modo de la más alta esfera de la educación intelectual, o sea la científica; pero no reducida la acción a la mera relación del conocimiento, sino que ha de representarse la Universidad «como el superior instituto de la educación nacional en todos los órdenes de la vida». La Universidad, en tal respecto, es una prolongación intensificada de la escuela misma, y, sin renunciar en manera alguna a la formación profesional y a la formación de la ciencia, estima como su fin más propio la elevación de la vida, el cultivo del ideal, dirigiendo su esfuerzo supremo a convertir el ideal en norma de conducta.

Bien conocidos son los tipos que podemos llamar clásicos de la Universidad. «La idea de la Universidad— escribe el señor Giner,—en unos pueblos, es la de una oficina de preparación mecánica a los exámenes, como condición previa para la expedición

de certificados, títulos y diplomas, que es lo que se busca: no hay que decir cuáles son estos pueblos. En otros, es la de un centro para formar hombres de ciencia, orientados en sus varias corrientes y capaces de dirigir las en su caso (Alemania). En otros, el grado superior de los institutos consagrados a dirigir la educación total humana, concertando y equilibrando sus diversas fuerzas en el desarrollo más enérgico de la personalidad individual: éste es el ideal clásico inglés.»

La acción de influjo de la crisis del ideal universitario, por una parte, ha determinado la disolución más o menos efectiva del tipo meramente profesional; por otra, provoca modificaciones esenciales en el proceso de las Universidades educativas y científicas; y así es indudable que «las Universidades inglesas dan cada día señales de robusto vigor intelectual», y «la Universidad alemana, como el más alto instituto de la nación, es cada vez más y más educativa, sólo que dentro de su peculiar esfera: en la investigación y en la enseñanza»¹.

II

La idea moderna de la Universidad

La Universidad debía, debe ser, además, «social»: esto es, debe tener una función social; se la impone la condición de los tiempos. No podía la Universidad aislarse encastillada en su función específica. El movimiento de las fuerzas populares en la vida contemporánea, el advenimiento del proletario como factor social de gran potencialidad, la intensificación de los sentimientos de solidaridad humana: he ahí otras tantas causas o excitaciones que han venido a romper los moldes o los muros de la Universidad aristocrática o retraída, incitándola a derramarse como lluvia benéfica por todos los campos de la vida nacional. La Universidad, pues, se ha visto en la precisión de aceptar el nuevo «deber social», para lanzarse a la obra salvadora de la regeneración de las gentes

que no pueden ir hasta ella, los distraídos y los humildes, por obra de la educación y de la cultura, y sólo a ese precio podía la Universidad ponerse a tono con las exigencias de los tiempos, para continuar siendo o para ser una fuerza viva e impulsora de su pueblo. Una demostración real e histórica de este nuevo aspecto de la vida universitaria se ofrece hoy en el movimiento llamado de «extensión universitaria», iniciado, como sabéis, por las Universidades inglesas de Cambridge y de Oxford, y traducido según su peculiar genio por las Universidades europeas y americanas. Aun podrían señalarse otras manifestaciones de esta acción social de las Universidades, acción social con fermento ético siempre:

¹ Las citas son del libro del señor Giner, *Pedagogía universitaria*.